vicio sin encender, como diamantes obscurecidos en el seno de las montañas; cuántas virtudes sin llevar á cabo, como los frutos que se secan y consumen en el árbol, y cómo asaltan, en fin, todas las maneras de pecados al hombre perezoso, como las cuadrillas de bandidos y malhechores penetran en castillo sin defensa! Y sin embargo, los vagos están extendidos á lo ancho y á lo largo de la tierra, y hierven y zumban, sin hacer nada, como banda de zánganos inertes.

Y éstas, juntamente con la sórdida avaricia, llamada sabiamente concupiscencia de los ojos, son las decantadas y principales glorias del mundo; yo os digo que el mundo que se levanta á espaldas de la Cruz, no tiene otras glorias, sino esas. ¿Queréis verlas á todas reunidas para que más hondo sea el deseo de despreciarlas? Pues se llaman soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, pereza y envidia. ¡Oh, falsas sirenas de canto hechicero y afiladas garras; sirenas que, impulsadas por Satanás, sumergisteis en el piélago borrascoso del pecado la verdadera felicidad humana, en nombre del pueblo que me enseñó á creer!, yo os maldigo. *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi!* Yo no quiero gloriarme en vosotras, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya habéis visto por qué maneras Satanás triunfó del mundo, haciéndole tomar por glorias las que no eran sino sus propias desdichas. Veamos ahora cómo Nuestro Señor Jesucristo trajo la salud al mundo, muriendo en la Cruz.

II

La tragedia, que tuvo su principio después del último día de la creación y de la que fueron testigos los cielos,

campo las regiones del terreno Paraíso, actores por una parte la humanidad, que acababa de nacer en Adán, y por otra aquel cortesano de Dios, que fué arrojado del cielo por su rebeldía con todos sus secuaces; y víctima la descendencia de Eva. Esa grandiosa tragedia, de la que son actos la prevaricación de nuestros primeros padres; el desorden de la naturaleza, proclamándose independiente y alzando los brazos contra sus destronados reyes Eva y Adán; la ira de Dios, vomitando las aguas del diluvio; la dispersión de los hombres, confundidos en la torre de Babel; las razas sumergidas en las sombras de su ignorancia por sus pecados, mientras la luz del cielo riela en las ondas risueñas del Jordán; esa tragedia, de que son escenas importantísimas el paso de los israelitas por las revueltas aguas del mar Rojo, la destrucción de Tebas y de Nínive y la proclamación de las eternas leyes de la justicia en las cumbres del Sinaí; esa tragedia, por la que todos sentimos lágrimas en los ojos, vergüenza en el rostro y pena en el corazón; esa tragedia, cuya catástrofe y cuyo fin será el acabamiento del mundo, consumido por el fuego del diluvio universal, se presenta ahora á mis ojos en la más importante y terrible de todas sus partes; porque eclipsado el sol, como rey que cierra los ojos, apenado por la tristeza; llena de espanto y temblor la tierra; cubiertos de luto los horizontes, como crespones que envuelven la frente de las montañas, abiertas las puertas del infierno, por cuyas hondas cimas se precipitan las horrendas legiones de los negros espíritus vencidos, se abren las puertas eternales de los cielos y al través de las alas de los ángeles, que defienden la entrada de la gloria, se ve la resplandeciente luz del trono, que se prepara al divino vencedor, que, enclavado en una cruz, lucha contra el pecado, teniendo por armas la caridad, la paciencia y la humildad, en la sangrienta y empinada cumbre del Calvario.

Y todos aquellos inmensos dolores que sufre Jesús, juntamente con la mansedumbre con que los sufre y la caridad por que los sufre, se retratan en el corazón de María, su Madre, no como el sol en el amplio espejo de los mares, sino como la deshecha tempestad en la desolación de un naufragio. Y como Jesús, con su muerte, nos redime, María con sus sufrimientos ayuda á nuestra redención y al renacimiento de nuestra gracia.

Ved á Cristo en la Cruz; su cuerpo está todo cubierto de heridas crueles; los pájaros tienen sus nidos y las raposas sus cuevas, y el Hijo del hombre no tiene en su agonía donde reclinar la cabeza. Ya todo lo había padecido por nuestro amor y para nuestro aprovechamiento: azotes, espinas, oprobios, clavos y desnudez; ya la muerte estaba en sus ojos, que se hundían, y en su corazón, que interrumpía á intervalos sus palpitaciones; ya estaba su Pasión para ser concluida y para ser alcanzado nuestro remedio y como si nada hubiera sufrido, ni nada hecho, y estuviera en el principio de aquella grande obra de nuestra Redención, deseando sufrir más y sin medida, dijo con fuerte voz: *Sitio*, tengo sed (1).

¡Oh!, es Jonás arrojado al mar, para que la nave de la sociedad navegue, sin miedo á las borrascas levantadas por la mano del infierno; Jonás, sobre el que han pasado todas las ondas del dolor y del tormento: *omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt* (2) y aún tiene sed Jesús de más sufrimientos; y aún le parece poco á su inagotable sed de amor todo el inmenso mar de dolores en que está sumergido su corazón. Toda la sangre de sus venas le parece escasa para desagraviar á su divino Padre; todo el quebranto de su cuerpo lo juzga poco para remediar nuestras miserias, concluyendo con aquellas desdichas que Satanás nos hizo tomar por glorias.

(1) Joan., XIX, 28.
(2) Jonas, II, 4.

Delante de Cristo, que muere, como otro divino Macabeo, alcanzando victoria en la batalla, huyen vencidos y cobardes todos los monstruos del infierno, que Lucifer nos hizo adorar, como glorias ciertas de la vida. Huye, pues, la soberbia, lleno de cieno el oropel de su manto regio, mirando la humildad de un Dios que, en su agonía, tiene por lecho una cruz, y por lienzo que cubra sus desnudos miembros, la sangre de sus venas. Huye la avaricia con desencajados ojos, hollando con sus pies montañas de oro, viendo la generosidad de un Dios, que por salvar al hombre, tiene agujereadas sus manos, por donde se le derraman los tesoros de su caridad. Y huye vencida la lujuria, dando tristes gemidos, viendo lo terrible del suplicio en que Jesús acaba la vida. Y huye la ira, desgreñada y meditabunda, considerando con cuánta paciencia escucha Dios los insultos de sus criaturas. Y huye la gula, ebria y llorosa, pensando que á aquel Señor por quien las fuentes tienen agua, y los panales miel, y las vides zumo, le dan á beber los judíos la hiel amarga mezclada con el vinagre. Y huyen vencidos y vienen á tierra muertos todos los pecados, como delante de Sansón, no muy lejos de la peña de Etán, caían ensangrentados y huían despavoridos los miserables filisteos; y Jesús como Sansón después de aquella victoria, clama desfallecido á su eterno Padre: *Tu dedisti in manu servi tui salutem hanc maximam atque victoriam: en siti mororior*. Tú has dado al mundo esta salud y grande victoria, y he aquí que yo muero de sed (1).

Tú mueres de sed, Dios mío é Hijo mío, le responde la Madre dolorosa, sintiendo allá dentro en sus entrañas y hablándole con los ojos. Tú, que eres la fuente y que invitas á los hombres sedientos á que satisfagan su sed en Ti, diciéndoles: *si quis sitiat, veniat ad me et bibat*. ¿Tú mueres de sed? Tú, ¡oh Señor, á quien David llamó el gran río de

(1) Judit, XV, 18.

Dios (1)! Tú, que diste de beber á Ismael en el desierto, cuando como Tú se moría de sed delante de su madre; Tú, que diste al profeta Elías el agua dulce de las ondas del Carit; Tú, que dulcificaste las aguas del Mará, para que bebiesen las tribus de Israel; Tú, que hiciste brotar agua de la roca escarpada del desierto para consuelo del pueblo que libertaste de las manos de los egipcios; Tú, ¡oh dulce Jesús!, que diste á beber á la pecadora de Samaria de aquella agua con la que nunca se tiene sed. ¿Tú mueres de sed, fuente cristalina, torrente de dicha, océano de dulzura, pozo de aguas vivas é inmenso piélago de felicidad? ¡Oh!, sí; Tú tienes sed de más batalla, *Tú tienes sed de más tormentos, para que merezca más tu eterna Redención* (2).

Calló la Madre aquella tristísima habla dentro de su pecho, y la Muerte se acercó temerosa delante de la Vida, y descargó sobre Jesús el último y el más terrible de sus tajos. Vedle morir: la vida acaba en sus ojos y la luz que de ellos se escapa va á dar animación á todo lo que murió por el pecado. El alma, rotos ya los vínculos del cuerpo, del cuerpo en que la envolvió por nuestras culpas, batalla por dejar los miembros destrozados, para que también sea rota la luenga cadena con que los pecados trabaron los pies de la desdichada humanidad. Sus labios están cárdenos y pálido el semblante, señales precursoras de la muerte, y en tanto, en la faz cadavérica del linaje humano van apareciendo los signos de la vida. Por mofa y por crueldad lo coronaron de espinas y le pusieron sobre el patíbulo el título de Rey; y aquella corona ennoblecida y hecha más que de oro por el contacto de su sangre; y aquel título trocado por sus sufrimientos en blasón de gloria y de heroísmo, los está Jesús colocando en la frente y en las manos de la humanidad esclava. Y como quiere que todos seamos hermanos por el amor, nos

(1) Ps. LXIV, 10.
(2) San Bernardo.

acaba de dar por Madre á su santísima Madre, para que al considerarnos todos sus hijos, todos nos amemos como hermanos.

Si, pues, nuestra libertad le cuesta tales sufrimientos; si al romper nuestras cadenas, hechas con el hierro de los pecados capitales, se agujerea las manos; si al vencer los monstruos del infierno, que tuvimos por amigos, siendo nuestros más declarados enemigos, tuvo sed después de la batalla; si nuestra vida le cuesta la vida; si por dejarnos Madre, vió agonizando de dolor á la que lo llevó en sus entrañas, *empti estis pretio magno*, hemos sido redimidos por un grande precio. Precio más fabuloso que si se hubieran podido reunir las riquezas de todo el mundo, para comprarnos; precio más grande que el valor de los cielos con sus eternas armonías y de la tierra con sus maravillas; porque por nosotros se dió la vida del Dios que crió los cielos y la tierra; por nosotros se derramó la sangre del Justo y se vertieron á raudales las preciosísimas perlas de los ojos de su Madre. Precio que el hombre no puede tasar y que sólo puede ser apreciado por la infinita inteligencia de Dios. *Empti estis pretio magno.*

Pero, por fin, llega la hora de su muerte, la hora esperada por los cielos y la tierra. Cuarenta siglos ha que la tierra y el cielo la esperan. Cuarenta siglos que la aguardan nuestros primeros padres en los obscuros senos del infierno de los justos. Cuarenta siglos que temen las sombras sin esperanza, su llegada; y ya la sombra del cuadrante de la vida está para caer sobre la hora. El mundo, ennegrecido por los vicios, era un océano de tinieblas. Grecia y Roma, que doblaban las rodillas delante de Venus y de la infanda Juno, tenían á los hombres de los otros pueblos por gentes estúpidas y selváticas; los escribas y los fariseos que oraban de pie en el templo de Jerusalén, donde se arrodillaron los profetas, tenían á sus prójimos por esclavos de Satanás, á quien ellos servían

con su soberbia; India dividíase en castas; China rodeaba su imperio de impenetrables murallas, y los ríos de las otras regiones de la tierra se precipitaban bramando en el Océano, tintos con la sangre de las razas que lucharon en sus orillas. La noche del odio y los rencores tendía por el mundo su manto de nieblas, envolviéndolo todo en un negro caos, y sonó la hora del más augusto de los misterios, sonó en la obscuridad con vibrante son y resonó en el corazón de María, como la última nota del dolor; y Jesús, el Hijo de Dios vivo, la segunda persona de la beatísima Trinidad, inclinó la cabeza y entregó su espíritu á su eterno Padre; y sobre la cumbre del Gólgota donde muere, apareció de repente, derrumbándose sobre la tierra en majestuosas cataratas de luz, el Sol de la Redención del género humano.

Empti estis pretio magno, glorificate et portate Deum in corpore vestro (1). Hemos sido redimidos por un grande precio; glorifiquemos á Dios, llevándole en nuestro cuerpo. Afuera el fausto de la soberbia, y el oro de la avaricia amarilla, y los deseos sensuales de la lujuria, y las crueldades de la ira, y los banquetes de la gula, y las tristezas de la envidia y los sueños de la pereza; afuera las cadenas rotas por Jesús; afuera el vestido de esclavo; vistámonos la túnica morada de Nuestro Señor Jesucristo, bordada con el oro de su sangre, y abracémonos á su cruz, dispuestos á llevarla sobre nuestros hombros y á morir en ella, si lo requiere el amor y sabemos ser agradecidos.

¡Oh Santa Madre!, que viste á tu Hijo morir y deshacerse en la Cruz la obra de tus entrañas. ¡Oh Madre!; puesto que de tal manera nos amaste, que por nosotros fuiste testigo de la muerte de Jesús y lo entregaste á la misma muerte por desagraviar al Eterno Padre, ofendido por nuestras culpas, enséñanos á amar á los que no

(1) I Cor., VI, 20.

entendemos que no hay amor sin sacrificio. Enséñanos á sacrificar el mismo amor, cuando éste sea óbice para nuestra salvación eterna; enséñanos á sacrificar las pasiones, hijas contrahechas del egoísmo y no del generoso amor; porque de esta manera, muriendo para nosotros, viviremos para Dios y gozaremos de su divina presencia en los cielos, por toda la eternidad. Amén.